

Responsabilidad empresarial

Por Andrés Allamand

Menos de 18 meses faltan para que el país se vea enfrentado a trascendentales decisiones político-electorales. Tal realidad poco a poco ha ido sacando del letargo a la ciudadanía. Sin embargo, hay un sector



que mantiene un grado de apatía y abulia que resulta difícilmente explicable: los empresarios de todos los tamaños.

Chile requiere, como todos los países, del compromiso político, democrático y moral de los empresarios.

Hay que aclarar -en todo caso- que a las organizaciones empresariales, como tales, no les corresponde asumir compromisos partidistas de ninguna naturaleza y, por el contrario, es indispensable que se abstengan de hacerlo. Pero los empresarios, en tanto personas, no pueden ni deben excusarse de asumir sus responsabilidades políticas. Más aún, su posición en la sociedad y la función preponderante que en ella cumplen, los obliga a ello y no hay subterfugios válidos que amparen una pasividad en este campo, nociva para el país y suicida para ellos mismos.

Existe una creencia generalizada en muchos empresarios de que a éstos no les compete ninguna responsabilidad en el quehacer político nacional. Más aún, en el "gremio" declararse apolítico es casi de buen gusto y quizás... hasta evita problemas.

Pero, ¿qué ocurriría con la actividad pública si todos, asilándonos en que somos empresarios, profesionales independientes, trabajadores, intelectuales o lo que sea, entendiéramos que la política es algo distante y ajeno, que corresponde únicamente a "los políticos", y nos ocupáramos exclusivamente de nuestros intereses personales?

Al parecer, algunos empresarios creen que gozan de un privilegio especial que les permite descargar en otros la defensa cívica de los valores y principios en que ellos creen, pero, en verdad, la política nos exige a todos por igual. A todos nos obliga. Y quienes no lo entiendan así, no podrán reclamar más tarde porque otros no cumplieron adecuadamente el papel que a ellos les co-

respondía asumir y que irresponsablemente rehuyeron.

Adicionalmente, hay que insistir en que esta indiferencia es nociva para el país y suicida para los propios empresarios. Nociva para el país, porque la pasividad

empresarial hacia la actividad pública le resta a ésta el curso valioso de algunos de los hombres más capaces de Chile; y suicida, porque el sector empresarial será siempre el más afectado por un inadecuado funcionamiento del sistema político.

Por último, debe consolidarse aún más el compromiso del empresariado con la democracia como sistema político. A este respecto, hay que considerar, a lo menos, dos aspectos generales:

1) La democracia representativa, como régimen permanente, pese a todas sus imperfecciones, supera con holgura a cualquier régimen autoritario.

La adhesión a ella debe radicar, pues, en la superioridad de los valores y principios que la inspiran y no en meras consideraciones estratégicas u oportunistas. Por lo demás, son las democracias y no los autoritarismos los sistemas que en definitiva contribuyen a la grandeza de las naciones, incrementan el bienestar general y, por cierto, garantizan el debido respeto de los derechos consustanciales de las personas, incluido el de propiedad.

2) En el largo plazo, la democracia resuelve mejor el problema de estabilidad que, con razón, preocupa tan agudamente a los empresarios.

La democracia proporciona marcos institucionales y contrapesos de poder más sólidos que los establecidos por los autoritarismos, y provee mecanismos para solucionar pacíficamente los conflictos y tensiones inherentes a toda sociedad.

Por último, se requiere un compromiso moral del empresariado que se exprese en la voluntad de contribuir a sentar las bases de una economía sustentada en la solidaridad, en que se conjuguen armónicamente el capital, el trabajo y la administración en beneficio recíproco y del país en su conjunto.